

Tierra mojada

Por Jesús Alba

Para ser un olor tan embriagador tiene una palabra muy fea, querido amigo, pero siempre fue mi preferido. Me evoca a las mañanas de septiembre y se mezcla con el recuerdo a los nervios y a las sensaciones de los primeros días de cuando íbamos al colegio. Las primeras tormentas anuncian el final del verano y asientan el polvo acumulado en los caminos y la tierra aterronada de las fincas.

Me siento un poco Valle-Inclán, o Max Estrella en 'Luces de Bohemia' al contarte esto, pero la Real Academia de la Lengua lo está bordando últimamente, aunque lo cierto es que de siempre, no de ahora, en muchas ocasiones sus decisiones son difíciles de entender. "Petricor" al menos está aún en el limbo de las palabras, entre las aceptadas y las no aceptadas. El observatorio, le llaman. Si no lo sabes, es una adaptación de un término inglés, "petrichor", que significa olor a lluvia.

Yo prefiero referirme a ese olor como se ha hecho siempre, como lo llamaban tu abuelo y el mío. "Tierra mojada". Como lo inundaba todo en esas mañanas después de una noche de esas tormentillas de finales de agosto. El rocío ya es más intenso en esas fechas y la fragancia llega de los caminos y atraviesa las calles del pueblo, mezclándose con otros olores: a café, a vaquería... ¡cómo olía el pueblo a vaquería, José María! Ésa era una fragancia que lo envolvía más a media tarde, ya cayendo la noche. Ahora el pueblo casi no huele. Será cosa del

cambio climático también. Por eso, en estas primeras lluvias de septiembre, respiro hondo por las mañanas para no olvidarlo nunca, no sea que se acabe. Huele a Andalucía, a nuestros campos y a vida.

Por aquí todo va mucho más deprisa que antes. No huele el pueblo, José María. Ni en el amanecer canta el gallo ni tampoco se escuchan cascos de caballos. Los que con maestría llevaba tu padre me sonaban a música celestial y llevaban el compás de nuestros cantes. Todos tenían nombres de palos de flamenco, era su forma de unir sus dos pasiones: Fandango, Martinete, Taranto... Y las yeguas, Solea, Seguidilla...

No suenan El Cabrero, Camarón o Pansequito en esos transistores en los que una gomilla afianzaba las pilas y los hombres se los pegaban a la oreja sin necesidad de conexiones bluetooth. Tampoco hay cabras, ni cabritillos, no está el reguero de cagarrutas como hormiguitas en las calles, aquellas que con nuestras bicicletas como un juego aplastábamos en nuestras mañanas interminables de niños en los largos veranos.

No hay zapateros posados en los postes como en aquellas siestas abrasadoras en las que escapábamos de la vigilancia de nuestras madres. No se fabrican ya escopetas para cazarlos, armamento de fabricación casera sin necesidad de tutoriales de Youtube. Bastaba un palo, una puntilla, una pinza de la ropa y una gomilla. Y ya estábamos radicalizados.

No hay chiquillos bañándose en los depósitos de agua en las azoteas de las casas, ni en aquellos lebrillos de zinc. El agua no escaseaba, éramos felices con una manguera, bebíamos el agua recién salida del pozo, el agua más fresca que era posible encontrar y no había miedo ni reparo en dejarla correr. Sabíamos beber en búcaro, desayunábamos 'rebanás' con aceite y azúcar, pan frito y merendábamos pan con chocolate. Guardábamos el pan duro en la talega de pan para el gazpacho y para dárselo a las gallinas. Salíamos a buscar al lechero para comprar la leche con un cazo en la mano y había que hervirla, con aquel olor característico y la telilla que formaba la nata en la superficie.

Los niños sabíamos jugar. No sé cómo juegan ahora en la ciudad en la que vives. Imagino que la diferente cultura los hará distintos a los de aquí, pero cada vez que recuerdo lo felices que éramos no puedo más que comparar nuestros días con esa dependencia de ahora a la tecnología. Libertad contra esclavitud.

Hombres con gorrilla de campo y una cuerda por cinturón. Mujeres de negro, luto en las abuelas y en las no tan abuelas, batas de verano, sillas fuera de las casas, puertas abiertas y una piedra para dejarlas encajadas a la hora de la siesta.

El pueblo tenía su señas de identidad. Fachadas encaladas, cantos rodados en las esquinas y carros haciéndose sonar con el contacto de los adoquines. Jugábamos en la calle, sin miedo a nada, al fútbol o a lo que fuera. Sólo nos podían interrumpir dos cosas: el paso de un coche o la voz firme de una de nuestras madres, reclamando nuestra presencia ya fuera una simple parada técnica, para la merienda innegociable, o para el pitido final cuando el atardecer

se empezaba a ennegrecer y a hacerse noche. Sin prórrogas ni descuentos. Era el final y era el final. Eso eran arbitrajes inflexibles y no los de ahora.

Después, en esas noches que apurábamos en el verano que se acababa, veíamos las estrellas. Con un poco de suerte se nos cruzaba una estrella fugaz, aunque lo que de verdad buscábamos escudriñando cada pedacito de cielo era un ovni, algo, según decían, no tan raro de ver en aquellos años. Eso o el sucedáneo que llamaban globo sonda. Nadie vio ninguno, pero soñábamos con el misterio de esos mundos infinitos, desconocidos y oscuros.

Pero los cielos eran preciosos, José María. Me enseñaste a ubicar la Osa Menor, la Osa Mayor, el carro pequeño y el carro grande, la estrella polar... Hoy no hay estrellas ya en el pueblo. La contaminación, si es lumínica, no escapa a las lámparas de LED ni a las de bajo consumo por más limpias y sostenibles que sean. Sólo me traen al recuerdo esos ratos de verano en las que no nos cansábamos de mirar al firmamento las noches de camino en época de Rocío. El campo hace la magia. Riega de miles de estrellas esa fantasía de pinos y arena y pone un techo de galería de arte al rosario de carretas.

También me gustaba ver a los hombres venir del campo. Cansados, con las camisas sucias, despeinados y con sudor en la frente. El pan ganado a pulso y la alegría en el corazón. Brazos fuertes y miradas cómplices con los chiquillos que salían a su encuentro. Su recuerdo me inspiró unos versos en forma de soneto que me gustaría que, en tu carta de vuelta, valoraras y me dieras tu

opinión. Sabes que aprecio tu sensibilidad artística y son los primeros que me atrevo a hacer salir de mi cabeza.

I

Volvían rotos los hombres del campo
olía en septiembre la tierra mojada
anudado en la sien pañuelo blanco
la ropa sucia y al hombro la azada

Al aire coplillas, letras, fandangos
celebran de vuelta el fin de jornada
el vino acompaña el camino andando
de mano en mano la bota sagrada

La vuelta al pueblo, la plaza, la fuente
pensamientos que se guarda el olivar
con sudor y orgullo en manos y frente

Al fin a cobijo del sol ardiente
ganado descanso y un trago a la par
que en la tierra quedó la simiente

El frío se viene pronto. El humo de las chimeneas se mezcla con esas nubes móviles que avanzan con prisa movidas por el viento. Ya dejaron los nidos las cigüeñas, las figuras geométricas en punta de lanza que forman las aves en el cielo en su viaje hacia climas más cálidos son la señal definitiva.

Ahora las cigüeñas se encuentran hechos los nidos. En el depósito grande que había al lado de mi casa, el que por las tardes mientras jugábamos rebosaba y salíamos corriendo a avisar a los mayores, había uno coronado por un reclamo de madera. También tiraron la torre. Ya no están ni el depósito ni el nido, tampoco el corral con la higuera que un Año nuevo nos tiñó de luto, ni el gallo que cantaba salpicando el alba, sino un frío edificio cuadrado de pisos con ventanales simétricos y enrejados.

Apenas se ven ya suelta de palomos tampoco, los hombres con su cajita de madera con agujeros y los prismáticos mirando el cielo. Hay algunos románticos que aún veneran ese arrullo, el maíz y los pichones en las azoteas entre altas antenas surcando el aire con alas multicolores.

El pueblo ha cambiado. Tú apenas lo veías en los veranos que venías. Y el campo, aunque menos, también. Caminos y cercados que resisten al ladrillo, pero tengo la sensación de que cada vez está más lejos de casa. Antes vivíamos

en primera línea de campo. Tú y yo lo hemos visto. Nuestras casas se fundían con los primeros terrones y los primeros olivos. Y cómo olía esa tierra...

El polvo asentado del verano formaba una película con las primeras lluvias que le hacía emanar ese perfume embriagador. Los niños de ahora no conocen ese olor. Se lo perdieron.

Hace frío ya en diciembre y la leña ya se amontona en los cobertizos y en los patios de las casas. La de encina con menos llama, pero cómo calientan sus brasas. La de olivo más alegre y vivaz, también más breve su presencia. Ramajos secos para encender, palitos para que, poco a poco, prenda el tronco. Disfrutaba con el rito del encendido, ayudaba a mi padre a escoger los mejores, los más sequitos...

Tampoco hay copas de cisco. Esa palada de la propia chimenea a debajo de la mesa era un volcán de lava encendida. Las chimeneas en las cocinas. En las tardes de invierno y frío, haciendo los deberes en la mesa de camilla, era otro de esos placeres que no se olvidan. En la cocina mientras se prepara el café de pucherete, llegaba el olor por las alacenas y lo acompañaba un mantecado cuyas migas estrujábamos para formar una figura amorfa y dulce. Se removían las brasas y en esa oscuridad cuando te asomabas se reflejaban los tonos naranjas y rojos del calor vivo. Ya no está el carbonero en la plaza. No hay carbón de cisco.

La botella de anís ya era parte de la familia en esa época del año. Adornábamos la casa, poníamos el belén, tapábamos al niño Jesús con un pañito de encaje que cosían nuestras abuelas. Hoy las abuelas no tienen tiempo de eso, José María. Se han convertido otra vez en madres improvisadas que recogen, llevan, traen, alimentan, duchan y entretienen a los nietos. Los quieren también como antes. Eso no cambia. El amor es el mismo, el gran motor de todo.

Nos reuníamos en la misa del Gallo, intercambiábamos dulces y jugábamos. Teníamos todas las vacaciones por delante, nos ilusionábamos con los regalos y contábamos los días para la noche de Reyes. Los días siguientes la proliferación de balones nuevos era admirable. Los comparábamos, probábamos su dureza, observábamos sus costuras, disfrutábamos de ese olor a nuevo, y el aroma a cuero de los más apreciados, los de "reglamento".

Nos perdíamos por las calles, preparábamos con mimo nuestros estadios, aquellos descampados que eran el testigo de nuestros sueños. Recuerdo cuando hicimos una colecta para encargar a Angulo el carpintero dos largueros para completar con los postes que teníamos dos porterías completas. Dibujábamos con cal las líneas y nos pasábamos horas y horas, desafiando el frío, los charcos y, después, la bronca de nuestras madres.

Regateábamos con soltura y ligereza al tiempo y los días. El frío iba pasando y en febrero, ya zagales, fuimos abriéndole camino a una fiesta que no era nuestra, pero que nos llamaba la atención. Tuvimos la suerte de que se trató de fomentar y por unos días el pueblo se llenaba de alegría, de máscaras, serpentinas, pitos

de caña y las primeras coplillas. No necesitábamos disfraces muy conseguidos, nos bastaba rebuscar entre los trapos viejos de casa, o vestirnos de mujer con ropa de nuestras madres. Dos coloretes rojos en las mejillas y una sonrisa dibujada en la cara. No necesitábamos más que dar rienda suelta a las risas, los bailes y las bromas.

Veíamos en los rostros de nuestros mayores, los que no se decidían a disfrazarse pero sí se echaban a la calle, una curiosidad entre escéptica y resignada. La fiesta cuajó, proliferaron los grupos y los carruajes se hicieron cada vez más reales en sus temáticas. Familias enteras se reunían para preparar los disfraces, bombos, cajas y guitarras sonaban por las calles junto a esas coplillas que mencionaban a gente del pueblo, conocida, personas de nuestro día a día... Era el éxito de lo cercano. Creo, sinceramente, que fue la nota que provocó el que toda esa alegría se contagiara. Meternos con nuestros personajes nos hacía distintos. Nuestras letras olvidaban a famosos y a personajes de la tele y señalaban al de la acera de enfrente, recopilaba los sucesos del año y le cantaban a nuestros lugares emblemáticos, a nuestra fiesta y la manera en que vemos e interpretamos las cosas.

Poco después es cuando el campo se empodera a base de colores y potencia su magia y magnetismo. Los paseos a pie o a caballo se disfrutan y tienen ya el picorcillo del sol de la primavera. Los mantos de margaritas en las veredas de los caminos son el azahar del campo y las amapolas surgen salpicadas entre los olivos o en impresionantes alfombras encarnadas. Los campos de girasoles adquieren un estruendoso amarillo que va girando sin que lo podamos apreciar.

El oro es otro de los colores que se abren paso. Los amaneceres son mágicos y los atardeceres tienen ese magnetismo especial.

En el pueblo los naranjos empiezan a formar una alfombra blanca bajo sus pies. Y los olores nos marcan otro cambio de estaciones. El azahar en las calles y en las casas, el incienso de nuestras madres en las copas de cisco... Las campanas de la iglesia, que no han dejado de sonar en todo el año, parecen tener un repique diferenciador. Huele a cera también, se engalanan los altares y las imágenes se veneran. Túnicas, espartos y capirotos bajan de los altillos siguiendo el rito de cada año. Las saetas rajan el aire desde los balcones y la banda de música recorre nuestras calles con su desfile de distintos sonidos en perfecto orden. Primero las flautas y trompetas, luego los trombones y cerrando, los tambores.

No hay corazones tranquilos ya por esas fechas. El campo sigue cuidando su ritual de siempre. Yuntas de bueyes tirando de carretas empiezan a frecuentar las calles del pueblo. Ensayos que anuncian el fin de una espera. Imposible que lo entiendan donde tú vives. Tú lo has visto las pocas veces que has venido al pueblo, de visita. Tenías un vago recuerdo, de cuando eras muy niño y las visitas con tus padres a mi casa y a la de tus abuelos eran más frecuentes. Los corazones están nerviosos, se rompen alcancías y se repasa el acopio de víveres que se ha ido haciendo durante todo el año. De vuelta del trabajo, con los ojos 'rendíos', los hombres faenan en las puertas de las casas entre escaleras, sábanas y flores. Hay una mirada especial en los viejos e ilusión en los jóvenes. Días de novenas, de tómbolas y de 'velás'... Las vísperas se

paladean y se sueña con caminos, sendas y pinares. También con una ermita en la marisma y una llamada que nadie entiende pero a la que todos responden. Ese día te levantas temprano, José María. No has dormido, pero no importa. Hay color en la plaza, las campanas de la iglesia suenan más fuerte que nunca y te dejas llevar a donde te marque el corazón. Delante de una carreta de plata el pueblo dibuja un sueño y otra vez el campo lo envuelve todo como ese decorado que nunca nos abandona y al que al final nos debemos.

II

Despuntan mayo y las flores
alegres aires de rima
a quien su garganta afina
en explosión de colores
y al son de aquellos tambores
explota la primavera
contento al ser la primera
y siguiendo a los mayores
una carreta con flores
y una familia rociera

III

Suenan risas, llegan olores,
cantes que el alma mima,

que la alegre flauta anima
y que plasman los pintores.
Son cuadros de mil colores
de carretas y boyeros
que dibujan los senderos,
de bellas muchachas cantando
y hombres que van andando
con gorrillas y sombreros

Tenemos la suerte de vivir en un lugar en el que la tierra habla. La magia del campo explota en primavera y la luz se cuela por nuestros sentidos. Estamos alegres, tenemos ganas de vivir, cantamos y valoramos la amistad. Nada me gustaría más que pudieras estar aquí y que lo vieras con tus propios ojos. Quisiera contarte tantas cosas que es difícil con palabras. Ni por las imágenes y los sonidos que te mando a veces por Whatsapp puedes apreciar bien la esencia de todo esto que te cuento. Tienes que vivirlo.

Las flores, los campos de trigo, los olivos que ya empiezan a cargarse de sus frutos. El sonido de los tractores faenando en el campo, o regresando por el pueblo tras las tareas de siempre. Desvaretar, sulfatar, la recogida, a veces la siembra... Así ha sido siempre y así seguirá siendo pese a las dificultades que los tiempos van trayendo. Recalificaciones, el azote del ejército del ladrillo y la corrupción y el enriquecimiento que algunos buscan.

Pasado mayo, el sol aprieta de verdad. Las faenas tienen que adelantarse a antes del alba casi y el ciclo comienza otra vez. Los niños tienen todo el verano, las siestas se hacen otra vez eternas y aunque ya los vecinos no se reúnen en las puertas de las casas, sí que la alegría dura más en las calles. Es tiempo de 'velás', otra vez de noches al fresco, de tertulias inacabables y gargantas que se refrescan. Me gustaría que lo vivieras. Los tiempos han cambiado, pero hay algunas cosas que siguen igual.

Hacíamos mandados a nuestras madres, al Molino a por aceite, las bebidas con los cascos y las legumbres al peso. Me pongo a recordar y no puedo parar. Me siguen viniendo a la mente imágenes, olores, sabores, buenos ratos... El tacto del plomo de los perdigones en la boca cuando tirábamos con las escopetillas en el campo, las costillas para cazar pájaros... todo me evoca a tiempos pasados que ya se han ido y cosas que no queremos que se vayan para siempre. Un arroz con liebre, por las noches el sonido de las lechuzas, que a veces anunciaban la muerte, en los cielos claros y estrellados.

Y otra vez en agosto y en septiembre, tras las primeras tormentas de verano, la tierra mojada, el trasiego de la recogida de la aceituna, el mosto, un queso y una navajilla, los hombres con los macacos en busca del campo, las higueras cargadas y el pueblo, blanco, encalado, feliz... como lo fue siempre.

Un abrazo, mi buen amigo.

Jesús Cristóbal Alba Tello DNI 28732875X

Avenida del Aljazeera, 14

41960 Gines (Sevilla)

Telno: 607 36 0551.

e-mail: jalbatello@hotmail.com

DOCUMENTO NACIONAL DE IDENTIDAD

ESPAÑA

PRIMER APELLIDO
ALBA

SEGUNDO APELLIDO
TELLO

NOMBRE
JESUS CRISTOBAL

SEXO
M

NACIONALIDAD
ESP

FECHA DE NACIMIENTO
23 01 1971

IDESP
AOB140948

VALIDO HASTA
10 06 2023

DNI NÚM.
28732875X



